Ana
la de Ingleside

L. M. MONTGOMERY

Ana la de Ingleside

Traducción de
Elena Casares Landauro

Ilustraciones de
Sara Lago y Antonio Cuesta

TOROMÍTICO

Título original: *Anne of Ingleside*

© de la traducción Elena Casares Landauro, 2015
© de las ilustraciones Sara Lago y Antonio Cuesta, 2015
© de esta edición Ediciones El Toromítico, s.l., 2015

Primera edición: noviembre de 2015

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Edición de Óscar Córdoba, Javier Ortega y Antonio Cuesta

Imprime: Gráficas La Paz

ISBN: 978-84-15943-39-6
Depósito Legal: CO-1742-2015
Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

Para W.G.P.

CAPÍTULO 1

—¡Qué blanca está la noche a la luz de la luna! —dijo Ana Blythe para sí misma mientras recorría el sendero del jardín de la casa de Diana Wright, rumbo a la puerta principal, donde pequeños pétalos caían de los cerezos, desprendidos por la salada brisa marina.

Se detuvo un momento para mirar a su alrededor, a las colinas y los bosques que había amado en los viejos tiempos y que todavía amaba. ¡La querida Avonlea! Glen St. Mary era ahora su hogar y lo había sido ya durante muchos años, pero Avonlea tenía algo que Glen St. Mary no podría tener nunca. Fantasmas de sí misma la aguardaban en cada rincón, en cada esquina. Los campos por los que había vagado le daban la bienvenida. Los ecos inmarcesibles de la dulce vida de antaño la rodeaban. Cada rincón, cada lugar sobre el que posaba su mirada, escondía algún recuerdo agradable. Había jardines encantados aquí y allá, donde florecían todas las rosas del pasado. A Ana siempre le había gustado ir a su casa de Avonlea, incluso cuando, como en esta ocasión, la razón de su visita era triste. Gilbert y ella habían venido al funeral del padre de Gilbert y Ana se había quedado una semana más. Marilla y la señora Lynde no se resignaban a dejarla marchar tan pronto.

Su vieja habitación de la buhardilla siempre estaba preparada para ella y cuando Ana subió la noche de su llegada, se encontró con que la señora Lynde había puesto para ella un gran ramo,

muy hogareño, de flores de primavera… Un ramo que, cuando Ana hundió su cara entre las flores, parecía haber guardado toda la fragancia de años nunca olvidados. La Ana de antes estaba esperándola allí. Profundas y atesoradas alegrías de otros tiempos se agitaron en su corazón. La habitación de la buhardilla la abrazaba, la retenía, la envolvía. Miró con cariño su vieja cama, con la colcha de hojas de manzano que la señora Lynde había tejido para ella, las almohadas impecables adornadas con anchas puntillas de croché cosidas por la señora Lynde, las alfombras trenzadas tejidas por Marilla, el espejo que había reflejado la cara de la huerfanita con su frente virgen de niña, la huerfanita que se había quedado dormida llorando aquella primera noche de tanto tiempo atrás. Ana olvidó que era una alegre madre de cinco hijos y que, en Ingleside, Susan Baker tejía otra vez misteriosos patucos. Ella era, de nuevo, Ana la de Tejas Verdes.

La señora Lynde la encontró mirándose al espejo con expresión soñadora cuando entró con toallas limpias.

—Me alegro mucho de tenerte en casa de nuevo, Ana, eso es. Hace nueve años que te fuiste, pero parece que ni Marilla ni yo podemos dejar de echarte de menos. No estamos tan solas desde que Davy se casó. Millie es una muchachita encantadora. ¡Hace unos pasteles! Aunque es curiosa como una ardilla, por todo se interesa. Pero siempre he dicho y siempre diré que no hay nadie como tú.

—Ah, pero no puedo engañar a este espejo, señora Lynde. Me está diciendo claramente que «ya no eres tan joven como antes» —dijo Ana, con cierto tono caprichoso.

—Te has mantenido muy bien —dijo la señora Lynde tratando de consolarla—. Aunque claro está que tú nunca has tenido mucho color que perder, siempre has sido muy blanquita.

—De todos modos, todavía no tengo asomo de doble papada —dijo con alegría—. Y mi vieja habitación todavía me recuerda, señora Lynde. Me alegro. Me dolería mucho regresar y descubrir que me ha olvidado. Y es maravilloso volver a ver la luna apareciendo sobre el Bosque Encantado.

—Parece un gran pedazo de oro en el cielo, ¿verdad? —co-

mentó la señora Lynde, sintiendo que se permitía un desbordado vuelo poético y agradeciendo que Marilla no estuviese allí para oírla.

—Mire esos abetos puntiagudos que se recortan contra ella y los abedules de la hondonada que todavía levantan sus brazos hacia el cielo plateado. Ahora ya son árboles grandes. Eran arbolitos pequeñitos cuando yo llegué aquí. Eso sí que me hace sentir un poquito vieja.

—Los árboles son como los niños —dijo la señora Lynde—. Es terrible ver la manera en que crecen apenas uno les da la espalda. Mira a Fred Wright, solo tiene trece años pero es casi tan alto como su padre. Hay pastel de pollo caliente para cenar y te he preparado algunas de mis galletas de limón. No temas dormir en esa cama. Aireé las sábanas hoy y Marilla, que no sabía que yo lo había hecho, las volvió a airear otra vez. Y Millie tampoco sabía que las dos lo habíamos hecho, así que las aireó por tercera vez. Espero que Mary María Blythe salga mañana. Disfruta mucho los funerales.

—La tía Mary María… Gilbert siempre la llama así, aunque en realidad es solo prima del padre. Siempre me llama «Anita» —se estremeció Ana—. La primera vez que me vio después de casada me dijo: «Es tan extraño que Gilbert te haya elegido a ti. Podría haberse casado con tantas muchachas agradables». Quizá es por eso que nunca me ha gustado. Y sé que a Gilbert tampoco, aunque está demasiado apegado a la familia para admitirlo.

—¿Se va a quedar Gilbert muchos días?

—No. Tiene que regresar mañana por la noche. Dejó a un paciente en estado crítico.

—Oh, bueno, supongo que ya no hay mucho que lo retenga en Avonlea desde la muerte de su madre el año pasado. El viejo señor Blythe nunca llegó a recuperarse después de su muerte. Parecía no tener nada por lo que vivir. Los Blythe siempre han sido así… Siempre han depositado demasiado afecto en las cosas terrenales. Es muy triste pensar que no queda ninguno de ellos en Avonlea. Eran de un linaje antiguo y bueno. Pero bueno…

Todavía hay un montón de Sloane. Los Sloane siguen siendo los Sloane, Ana, y lo será por los siglos de los siglos, amén.

—Que haya cuantos Sloane quieran, después de cenar voy a salir a caminar por el viejo huerto a la luz de la luna. Supongo que al fin tendré que irme a la cama, aunque siempre he pensado que dormir en las noches de luna es una pérdida de tiempo… Pero me voy a despertar temprano para ver las primeras luces del alba desperezarse sobre el Bosque Encantado. El cielo se pondrá de color coral y los petirrojos estarán pavoneándose de un lado para otro, quizás un gorrioncito gris se pose en el alféizar de la ventana y habrá flores doradas y púrpuras a las que mirar.

—Pero los conejos se comieron todos los macizos de lirios de junio —dijo la señora Lynde, mientras bajaba las escaleras con sus andares de pato, sintiéndose secretamente aliviada por dentro de no tener que seguir hablando sobre la luna. Ana había sido siempre un poco rara en ese sentido. Y, al parecer, no tenía mucho sentido abrigar esperanzas de que cambiara.

* * *

Diana avanzó por el sendero para encontrarse con Ana. Incluso a la luz de la luna se veía que sus cabellos seguían siendo negros, sus mejillas sonrosadas y sus ojos luminosos. Pero la luz de la luna tampoco podía ocultar que estaba un poco más corpulenta que en los años pasados. Y Diana nunca había sido lo que la gente de Avonlea consideraba «delgada».

—No te preocupes, querida, no he venido para quedarme.

—Como si yo fuera a preocuparme por eso —dijo Diana en tono de reproche—. Tú sabes que preferiría mil veces pasar la noche contigo que ir a la recepción. Me siento como si no nos hubiéramos visto ni la mitad de lo que me gustaría y te vas pasado mañana. Pero es el hermano de Fred, ya sabes… Y no nos queda más remedio que ir.

—Por supuesto que tienes que ir. Y yo solo he venido un momento. Vine por el viejo camino, Di, y pasé por la Burbuja de la Dríade… A través del Bosque Encantado, por tu viejo jardín de

la pérgola y por el Estanque de los Sauces. Hasta me paré a mirar los sauces al revés en el agua, como solíamos hacer. Han crecido tanto.

—Todo ha crecido —dijo Diana con un suspiro—. ¡Cuando miro al pequeño Fred! Todos hemos cambiado mucho… Excepto tú. Tú no cambias nunca, Ana. ¿Cómo haces para mantenerte tan delgada? ¡Mírame a mí!

—Has sido madre, sí, cierto —rio Ana—. Pero hasta ahora te has librado del ensanchamiento de la mediana edad, Di. Y en cuanto a que yo no he cambiado, bueno, la señora H. B. Donnell está de acuerdo contigo. Me dijo en el funeral que no parecía ni un día más vieja. Pero la señora de Harmon Andrews no piensa lo mismo. Me dijo: «¡Dios mío, Ana, qué desmejorada estás!». Todo está en los ojos del que mira, o en su conciencia. Los únicos momentos en los que siento que me estoy haciendo vieja es cuando miro las fotos de las revistas. Los héroes y heroínas que salen en ellas empiezan a parecerme demasiado jóvenes. Pero no te preocupes, Di, mañana volveremos a ser niñas. Eso es lo que he venido a decirte. Vamos a tomarnos el mediodía y la tarde libres y visitaremos nuestros lugares de antes, todos y cada uno de ellos. Caminaremos por los prados y atravesaremos esos viejos bosques frondosos de helechos. Veremos todas las viejas cosas que quisimos y las colinas donde vamos a encontrar nuestra juventud otra vez. Nada parece imposible en primavera, ya lo sabes. Dejaremos de sentirnos madres y personas responsables y seremos tan atolondradas como la señora Lynde piensa que soy en el fondo de su corazón. En realidad no hay ninguna diversión en ser todo el tiempo sensata, Diana.

—¡Vaya, eso suena tan propio de ti! Y me encantaría. Pero…

—Nada de peros. Ya sé lo que estás pensando. ¿Quién va a preparar la comida para los hombres?

—No exactamente. Ana Cordelia puede preparar la comida tan bien como yo, a pesar de que tenga solo once años —dijo Diana con orgullo—. Lo tendría que hacer de todas maneras. Yo iba a ir a la reunión de las Damas de Beneficencia. Pero no iré. Iré contigo. Será como hacer que un sueño se convierta en realidad.

Ya sabes, Ana, muchas tardes me siento y me imagino que somos niñas pequeñas otra vez. Yo llevaré la comida para nosotras.

—Y comeremos en el jardín de Hester Gray… Supongo que el jardín de Hester Gray sigue estando allí, ¿no?

—Supongo que sí —dijo Diana, vacilante—. No he estado allí desde que me casé. Ana Cordelia sale a explorar muchas veces… Pero siempre le digo que no debe alejarse demasiado de la casa. Le encanta vagabundear por los bosques… Y un día, cuando le regañé por hablar sola en el jardín, me dijo que no estaba hablando sola, que estaba hablando como el espíritu de las flores. ¿Te acuerdas de ese juego de té para las muñecas con los capullitos rosados que le enviaste cuando cumplió nueve años? No hay ni una sola pieza rota… Es tan cuidadosa. Solo lo usa cuando las Tres Personitas Verdes vienen a tomar el té con ella. No pude sonsacarle quiénes cree que son esos personajes. Ana, creo que, en algunas cosas, ella es mucho más parecida a ti que a mí.

—Quizá hay más en un nombre de lo que Shakespeare quiso admitir. No te enfades con Ana Cordelia por tener sus fantasías, Diana. A mí siempre me dan pena los niños que no pasan algunos años en el país de las hadas.

—Olivia Sloane es ahora la maestra del pueblo —comentó Diana, pensativa—. Estudió en la universidad y se licenció, ya sabes, y se ha hecho cargo de la escuela por un año para estar cerca de su madre. Dice que hay que hacer que los niños se enfrenten con la realidad.

—¿Ha llegado el día en que debo escuchar que eres partidaria del «sloanismo», Diana Wright?

—No, no, ¡no! No me gusta ni un poco. Tiene esa mirada redonda de ojos azules, como todos los de su clan. Y no me molestan las fantasías de Ana Cordelia. Son muy bonitas… Como solían ser las tuyas. Supongo que ya tendrá suficiente dosis de «realidad» conforme la vida vaya marchando.

—Bueno, decidido entonces. Ven a Tejas Verdes a eso de las dos y nos beberemos una copita del licor de grosellas de Marilla. Sigue haciéndolo de vez en cuando a pesar del pastor y de

la señora Lynde. Lo beberemos aunque solo sea para sentirnos realmente diabólicas.

—¿Te acuerdas del día en que me emborrachaste con esa bebida? —se rio Diana, a la que no le importaba la palabra «diabólica» si venía de la boca de su amiga Ana. Todo el mundo sabía que Ana no decía esas cosas en serio. Era solo su manera de ser.

—Diana, mañana tendremos un día de esos de «¿te acuerdas de…?». Ya no te entretengo más… Ahí viene Fred con el coche. Tu vestido es precioso.

—Fred me convenció para comprarme uno nuevo para la boda. Yo decía que no podíamos permitírnoslo, pues habíamos construido el nuevo granero, pero él dijo que no iba a permitir que su esposa pareciera una mujer a quien invitaban pero no podía ir, cuando todas las demás irían emperifolladas al máximo. ¿No es esa actitud la típica de un hombre?

—Oh, hablas justo como la señora Elliott de Glen —dijo Ana con tono severo—. Tienes que vigilar esa tendencia. ¿Te gustaría vivir en un mundo donde no hubiera hombres?

—Sería horrible —admitió Diana—. Sí, sí. Fred, ya voy. Oh, ¡sí, está bien! Hasta mañana, entonces, Ana.

Ana se paró en la Burbuja de la Dríade en su camino de vuelta a casa. Le encantaba aquel viejo arroyo. Cada eco de su risa de niña, que el arroyo alguna vez había atrapado, lo había guardado y ahora parecía devolverlo a sus oídos atentos. Sus viejos sueños… Podía verlos reflejados en la diáfana burbuja… Los viejos juramentos… Los viejos susurros… El arroyo los guardaba todos y los murmuraba… Pero no había nadie para escucharlos, salvo los sabios y viejos abetos del Bosque Encantado que habían estado escuchando desde hacía mucho tiempo.

CAPÍTULO 2

—¡Qué precioso día! Parece hecho especialmente para nosotras —dijo Diana—. Pero me temo que no durará mucho este tiempo, mañana va a llover.

—No te preocupes. Nos beberemos su belleza hoy, aunque mañana la luz del sol se haya ido. Disfrutaremos de nuestra amistad aunque debamos separarnos mañana. Mira esas colinas largas, con ese verde dorado, esos valles color neblina azul. Son nuestros, Diana. No me importa si aquella colina pertenece a Abner Sloane, hoy es nuestra. Sopla el viento del oeste, siempre me siento aventurera cuando sopla el viento del oeste y hoy vamos a disfrutar de un paseo perfecto.

Y así fue. Visitaron todos sus antiguos lugares tan queridos: el Sendero de los Amantes, el Bosque Encantado, Idlewild, el Valle de las Violetas, el Sendero del Abedul, el Lago de Cristal. Había algunos cambios. El pequeño anillo de abedules de Idlewild, donde tiempo atrás habían tenido una casita de juegos, se había convertido en un anillo de árboles grandes, adultos; el Sendero del Abedul, no hollado durante mucho tiempo, tenía una maraña de helechos; el Lago de Cristal había desaparecido completamente, dejando solo un hueco húmedo y musgoso. Pero el Valle de las Violetas estaba púrpura con violetas y el vástago de manzano, que Gilbert había encontrado tiempo atrás en lo más profundo del bosque, era ahora un árbol enorme moteado de diminutos capullos terminados en puntas rojas.

Iban andando sin sombrero, con la cabeza descubierta. El pelo de Ana todavía brillaba como caoba lustrada a la luz del sol, y el de Diana aún era de un negro brillante. Intercambiaban miradas cálidas y amistosas de alegría y entendimiento. A ratos caminaban en silencio. Ana siempre había mantenido que dos personas que se entendían tanto como Diana y ella podían sentir cada una los pensamientos de la otra. En algunas ocasiones salpicaban la conversación con «¿te acuerdas?» y cosas similares. «¿Te acuerdas del día que te caíste en el corral de los patos de las Cobb en la carretera Tory?» «¿Te acuerdas cuando saltamos encima de la tía Josephine?» «¿Te acuerdas de nuestro Club de los cuentos?» «¿Te acuerdas de la visita de la señora Morgan cuando te manchaste la nariz de rojo?» «¿Te acuerdas de cómo nos hacíamos señales con velas desde las ventanas de nuestros cuartos?» «¿Te acuerdas de lo que nos divertimos en la boda de la señorita Lavender y de los moños azules de Charlotta?» «¿Te acuerdas de la Sociedad de Mejora de Avonlea?» Casi les parecía que podían oír el repiqueteo de sus antiguas carcajadas resonando a través de los años.

La Sociedad de Amigos para la Mejora de Avonlea estaba, al parecer, muerta. Se había desintegrado poco a poco después de la boda de Ana.

—Ana, no pudieron sostenerla. Los jóvenes de Avonlea de hoy en día no son lo que eran en nuestros tiempos.

—No hables como si «nuestros tiempos» hubieran acabado ya, Diana. Apenas si tenemos quince años y somos almas gemelas. El aire no solo está lleno de luz, el aire es luz. No estoy del todo segura de que no me hayan crecido unas alas.

—Yo me siento igual también —dijo Diana, olvidando que aquella mañana había hecho que la aguja de la balanza ascendiera hasta setenta kilos—. A menudo siento que me encantaría convertirme en un pájaro por un rato. Debe de ser maravilloso poder volar.

La belleza las rodeaba por todas partes. Matices insospechados resplandecían en las penumbras de los bosques y relucían en los atrayentes senderos. La luz del sol de primavera se colaba a través de las jóvenes hojas verdes. Se oían alegres gorjeos de

pájaros por doquier. Había pequeños claros donde uno se sentía como si se estuviera bañando en una piscina de oro líquido. A cada paso, en cada quiebro del camino, alguna fragancia fresca y primaveral les asaltaba los sentidos… Helechos aromáticos… Bálsamo de abetos… El saludable olor de los campos recién arados. Había un sendero bordeado por cerezos en flor, un viejo campo con césped, cubierto de pequeños arbolitos que apenas si estaban comenzando a vivir y tenían el aspecto de duendes traviesos que se hubieran agazapado entre la hierba alta… Había arroyos que aún no eran «demasiado anchos para saltarlos»… Flores de lavanda bajo los abetos… Ramas de jóvenes helechos rizados y un abedul al que algún vándalo había arrancado la corteza blanca en algunas partes, dejando expuesta la corteza oscura de debajo. Ana se lo quedó mirando un rato tan largo que Diana empezó a preguntarse qué estaría viendo. No veía lo que Ana veía: matices del más puro blanco, exquisitos tonos dorados que se hacían más y más profundos hasta llegar a la última capa, que revelaba un castaño oscuro hondo e intenso, como queriendo demostrar que todos los abedules, tan similares a una doncella y tan fríos exteriormente, tenían sin embargo sentimientos cálidos.

—«El fuego primigenio de la Tierra en sus corazones» —murmuró Ana.

Y, finalmente, después de atravesar un pequeño bosque lleno de setas venenosas, encontraron el jardín de Hester Gray. No había cambiado mucho. Todavía poseía la dulzura de sus hermosas flores. Había aún muchos lirios de junio, como llamaba Diana a los narcisos. Los fila de cerezos se había hecho más vieja, pero tenían bastantes flores blancas como la nieve. Todavía podía encontrarse el camino central bordeado de rosales, y el viejo muro de piedra estaba blanco con las flores de las fresas y azul con las violetas y verde con los helechos diminutos. Comieron su picnic en un rincón del jardín, sentadas sobre unas piedras musgosas, con un árbol de lilas a sus espaldas que agitaba sus banderas púrpuras contra un sol que ya colgaba bajo sobre el horizonte. Ambas tenían hambre y las dos hicieron justicia a la buena comida que habían preparado.

—¡Qué bueno está todo cuando una se lo come al aire libre!

—Suspiró Diana en plena comodidad—. Esa tarta de chocolate que has preparado, Ana… Bueno, no encuentro las palabras para describirla, pero tengo que conseguir la receta. A Fred le encantaría esta tarta. Él puede comerse cualquier cosa y siempre está delgado. Yo siempre ando diciendo que no voy a comer más tartas, porque cada año engordo más. Me da pánico llegar a ser como la tía abuela Sarah… Era tan gorda que había que tirar de ella para levantarla cada vez que se sentaba. Pero cuando veo una tarta como esta… Y anoche, en la recepción, bueno, se habrían ofendido si no hubiera comido.

—¿Te lo pasaste bien?

—Oh, sí, en cierto modo. Pero caí en las garras de la prima de Fred, Henrietta. Y a ella le encanta contar sus operaciones y lo que sintió mientras la operaban y cómo le habría explotado el apéndice si no se lo hubiera extirpado a tiempo. «Me dieron quince puntos. Oh, Diana, ¡la agonía que sufrí!» Bueno, ella se lo pasó muy bien, pero yo no tanto. Y es cierto que sufrió, así que ¿por qué no va a disfrutar contándolo ahora? Jim estuvo muy gracioso. Aunque no estoy segura de si a Mary Alice le gustó mucho. Bueno, tomaré un trocito más… Supongo que lo mismo da que te lleven presa por robar un cordero que una oveja. Una porción pequeñita no va a cambiar mucho las cosas… Una de las cosas que dijo Jim es que la noche de antes de la boda estaba tan asustado que tuvo ganas de tomar el tren hasta el puerto. Dijo que todos los novios dirían lo mismo si se atrevieran a ser sinceros sobre ello. ¿Tú no crees que Gilbert y Fred sintieran eso mismo, verdad, Ana?

—Estoy segura de que no.

—Eso es lo que dijo Fred cuando se lo pregunté. Dijo que lo único a lo que él le tenía miedo era a que yo cambiara de idea en el último momento como hizo Rose Spencer. Aunque nunca se sabe lo que un hombre puede estar pensando. Bueno, pero no sirve de nada preocuparse ahora por eso. ¡Qué bien lo hemos pasado esta tarde! Parece que hubiéramos vivido otra vez muchos momentos felices de antes. Ojalá no tuvieras que irte mañana, Ana.

—¿No puedes venir a visitarnos a Ingleside este verano, Dia-

na? Antes… Bueno, antes que de que no pueda recibir visitas durante un tiempo.

—Me encantaría. Pero me parece imposible que pueda escaparme de casa este verano. Siempre hay muchas cosas que hacer.

—Rebecca Dew va a venir por fin, después de mucho tiempo de posponerlo, de lo que me alegro mucho. Y me temo que la tía Mary María también vendrá. Se lo dio a entender a Gilbert. Él quiere que venga tan poco como yo, pero es «un pariente de la familia» y eso implica que la puerta de la casa de Gilbert debe estar siempre abierta para ella.

—Quizás pueda ir a visitarte en invierno. Me encantaría volver a ver Ingleside. Tienes una casa preciosa, Ana. Y una familia encantadora también.

—Ingleside es bonita, y ahora la quiero mucho. En el pasado pensé que nunca llegaría a quererla. Odiaba ese sitio al principio cuando nos mudamos allí. La detestaba incluso por sus mismas virtudes. Eran un insulto para mi querida Casa de los Sueños. Recuerdo decirle llena de pena a Gilbert, cuando nos fuimos: «Hemos sido tan felices aquí. Jamás seremos igual de felices en ningún otro lado». Me regodeé en la nostalgia durante un tiempo. Luego descubrí que empezaban a brotar semillitas de cariño por Ingleside. Luché contra ese sentimiento, de verdad que lo hice, pero finalmente tuve que rendirme y admitir que la quería, que esa casa se había hecho con mi cariño. Y cada año que pasa la quiero un poco más. No es una casa muy vieja… Las casas demasiado viejas son tristes. Ni tampoco es demasiado joven… Las casas demasiado jóvenes son un poco vulgares. Es dulce, simplemente dulce. Me encantan todas sus habitaciones. Todas y cada una de las habitaciones tienen algún defecto, pero también alguna virtud, algo que la distingue de las demás, que le da personalidad. Me gustan los magníficos árboles del jardín. No sé quién los plantó pero cada vez que subo a la planta de arriba me detengo en el descansillo. ¿Te acuerdas de la ventanita del descansillo, con ese asiento tan ancho? Pues cada vez que subo me siento ahí un momento y digo, «Dios bendiga al hombre que plantó esos

árboles, sea quien sea». En realidad, tenemos demasiados árboles alrededor de la casa, pero no nos resignamos a perder ninguno.

—Eso es justo como Fred. Siente adoración por ese gran sauce que hay al sur de la casa. Estropea la vista desde las ventanas de la salita y se lo he dicho mil veces, pero él simplemente dice: «¿Serías capaz de talar algo tan hermoso como ese árbol, por más que te tape la vista?» Así que el sauce se queda, y es precioso. Por eso le hemos puesto a nuestra casa el nombre de Granja del Sauce Solitario. Me encanta el nombre de Ingleside. Es un nombre tan bonito, tan hogareño.

—Eso es lo que dice Gilbert. Nos costó mucho tiempo decidir el nombre. Pensamos varios pero no tenían nada que ver ni parecían pertenecer a ese sitio. Cuando se nos ocurrió el nombre de Ingleside supimos de inmediato que era el nombre apropiado. Me alegro de tener una casa grande con muchas habitaciones, la necesitamos con tanta familia. A los niños les encanta también, por pequeños que sean.

—Son tan encantadores —Diana, disimuladamente, se cortó otra «porción diminuta» de tarta de chocolate—. Yo encuentro a los míos preciosos. Pero los tuyos tienen algo… ¡Y tus mellizas! Eso sí te envidio. Yo siempre quise tener mellizas.

—Oh, no puedo alejarme de mis mellizas, estaba predestinada a tenerlas. Pero estoy algo desilusionada por las mías, no se parecen en nada, ni un poquito. Nan es bonita, con sus cabellos castaños y los ojos marrones, y sus facciones son muy dulces. Di es la favorita de su padre, porque tiene los ojos verdes y es pelirroja. Pelirroja con rizos. Shirley es el ojito derecho de Susan, su favorito. Yo estuve mucho tiempo enferma después de su nacimiento y ella cuidó de él, incluso a veces creo que Susan piensa que es hijo suyo. Ella lo llama «mi pequeño niño moreno» y lo mima muchísimo.

—Y todavía es tan pequeño que puedes ir a verlo por la noche a ver si se ha destapado para arroparlo —dijo Diana con cierta envidia—. Jack tiene nueve años, ya sabes, y no quiere que lo arrope ya. Dice que ya es muy grande. ¡Y a mí me encantaba hacerlo! Oh, cómo me gustaría que los niños no crecieran tan rápido.

—Ninguno de los míos ha llegado todavía a esa etapa, aunque

me he dado cuenta de que desde que comenzó a ir a la escuela, Jem ya no quiere que lo coja de la mano cuando caminamos por el pueblo —dijo Ana con un suspiro—. Pero él, Walter y Shirley todavía siguen queriendo que los arrope por la noche. Walter a veces hace todo un ritual.

—Y tú todavía no tienes que preocuparte sobre lo que van a ser de mayores. Jack está loco por ser soldado cuando sea mayor. ¡Soldado! ¡Imagínate!

—Yo no me preocuparía por eso. Se le olvidará cuando se le ocurra alguna otra cosa. La guerra es una cosa del pasado. Jem se imagina que quiere ser marinero… Como el capitán Jim… Y Walter va de camino para ser poeta. No es como ninguno de los otros. Pero a todos les encantan los árboles y a todos les gusta jugar en el «Hueco», como lo llaman… Es un pequeño valle, justo detrás de Ingleside, con preciosos senderos y un arroyo. Un lugar común y corriente… Para los demás no es más que el «Hueco», pero para mis hijos es el país de las hadas. Todos tienen sus defectos, pero no son malos chicos y, por suerte, siempre están rodeados de mucho amor. Oh, me alegra pensar que mañana a estas horas estaré en Ingleside, contándoles cuentos a mis niños a la hora de dormir y dándoles a las calceolarias y los helechos de Susan su dosis de alabanzas. Susan tiene suerte con los helechos. Nadie puede conseguir helechos como los suyos. Puedo alabar sus helechos con toda sinceridad. ¡Pero las calceolarias, Diana! A mí no me parecen flores en absoluto. Pero no quiero herir los sentimientos de Susan diciéndoselo. Siempre me las arreglo para evitarlo de alguna manera. Hasta ahora la providencia no me ha abandonado. Y Susan es tan buena. No me imagino qué haría sin ella. Y pensar que en un tiempo la llamé «extraña». Sí, es bonito pensar en ir a casa y, sin embargo, también me da pena irme de Tejas Verdes otra vez. Aquí es todo tan hermoso, con Marilla… Y contigo. Nuestra amistad ha sido siempre algo hermoso, Diana.

—Sí, y siempre hemos sido… Quiero decir… Nunca he podido decir las cosas como tú, Ana, pero sí, hemos mantenido nuestro «solemne juramento y promesa», ¿verdad?

—Sí, siempre, y siempre lo mantendremos.

La mano de Ana encontró la de Diana. Permanecieron sentadas un largo rato en un silencio demasiado dulce para ser interrumpido con palabras. Las largas y quietas sombras del atardecer cayeron sobre la hierba y las flores y sobre la extensión verde de los prados cercanos de poco más allá. El sol descendió. Aparecieron sombras grises rosáceas del cielo y se hicieron más profundas y pálidas detrás de los pensativos árboles. El crepúsculo de la primavera se apoderaba del jardín de Hester Gray, donde ya nadie caminaba. Los petirrojos salpicaban el aire del atardecer con sus silbidos aflautados. Una gran estrella apareció entre los blancos cerezos.

—La primera estrella es siempre un milagro —dijo Ana, soñadora.

—Podría quedarme aquí sentada para siempre —añadió Diana—. ¡Detesto la idea de tener que marcharnos de aquí!

—Yo también… Pero, después de todo, solo hemos simulado tener quince años. Tenemos que recordar nuestras responsabilidades familiares. ¡Qué bien huelen esas lilas! ¡Qué aroma desprenden! Diana, ¿se te ha ocurrido alguna vez, que hay algo, algo no demasiado casto, en el perfume de las lilas? Gilbert se ríe cuando se lo digo, a él le encantan, pero a mí siempre me parece que evocan algo secreto, demasiado dulce.

—Son demasiado pesadas para dentro de la casa, es lo que siempre he pensado —dijo Diana.

Diana cogió la bandeja con los restos de la tarta de chocolate, la miró con pena, pero negó con la cabeza y la guardó en la cesta con una expresión de gran nobleza y sacrifico en el rostro.

—Diana, ¿no sería divertido si ahora, mientras volvemos a casa, nos encontráramos con nosotras mismas como éramos antes, corriendo por el Sendero de los Amantes?

Diana se estremeció un poco.

—¡Noooo! No creo que eso fuera divertido, Ana. No me había dado cuenta de que se estaba haciendo tan oscuro. Una cosa es imaginarse cosas a la luz del día y otra…

Se fueron despacio, en silencio, juntas, con la gloria de la puesta de sol ardiendo sobre las viejas colinas a sus espaldas y su antiguo cariño, jamás olvidado, ardiendo en sus corazones.

CAPÍTULO 3

Ana concluyó aquella semana que había estado llena de días agradables llevando flores, a la mañana siguiente, a la tumba de Matthew. Por la tarde cogió el tren en Carmody para volver a su hogar. Durante un rato pensó en todas las cosas tan queridas que dejaba atrás; luego sus pensamientos corrieron hacia adelante, hacia las cosas que la estaban esperando. Su corazón iba cantando porque regresaba a casa, a una casa donde reinaba la alegría, una casa donde todo aquel que cruzaba el umbral sabía que era un hogar, un lugar que rebosaba todo el tiempo con risas, tacitas de plata, fotos y niños pequeños, preciosas criaturas con rizos y rodillas regordetas, y habitaciones que le darían la bienvenida, un hogar donde las sillas esperaban pacientemente y los vestidos de su armario le estaban aguardando, donde siempre se celebraba cualquier aniversario y siempre se susurraban pequeños secretos.

—Es maravilloso sentir que uno regresa a casa —pensaba Ana mientras sacaba de su bolso la carta de uno de sus hijos con la que se había reído con alegría la noche anterior al leérsela con orgullo a los habitantes de Tejas Verdes. Era la primera que recibía de uno de sus hijos. Una cartita preciosa para venir de un niño de tan solo siete años que apenas hacía uno que iba a la escuela, aunque la ortografía de Jem era todavía un poco vacilante y había un gran borrón de tinta en una esquina del papel.

Decía la carta:

«Di lloró y lloró toda la noche porque Tommy Drew le dijo que iba a quemarle su muñeca en una parrilla para filetes. Susan nos cuenta unos cuentos mui bonitos por la noche, pero ella no es tu, mamá. Anoche me dejó ayudarla a plantar unas semillas».

—¿Cómo he podido ser feliz lejos de ellos una semana entera? —se preguntó la dueña y señora de Ingleside como un reproche a sí misma.

—¡Qué maravilla que alguien te esté esperando al final de un viaje! —exclamó al bajar del tren en Glen St. Mary y ser recibida por los brazos expectantes de Gilbert.

No estaba segura de que Gilbert pudiera estar en la estación. Siempre había alguien a quien se le ocurría morirse o nacer en ese momento. Pero no había regreso a casa que le pareciera cabal y justo a menos que él estuviera esperándola. ¡Y qué elegante estaba con su nuevo traje gris! «Qué alegría me da haberme puesto la blusa blanca con puntillas con el traje marrón, aunque la señora Lynde me dijera que era un disparate vestirse así para viajar. Si no lo hubiera hecho, no estaría lo suficientemente guapa para Gilbert».

Ingleside estaba iluminada por todas partes, con alegres farolitos chinos colgados en la galería. Ana corrió feliz por el sendero bordeado de narcisos.

—¡Ingleside, ya estoy aquí! —exclamó.

Se vio rodeada por todos, riendo, gritando, bromeando, y Susan Baker sonreía con mesura detrás de todos. Todos y cada uno de sus hijos tenían un ramito de flores escogido especialmente para ella, hasta el pequeño Shirley que tenía solo dos años.

—Oh, ¡esto sí que es una buena bienvenida! Todo en Ingleside es tan feliz. Es espléndido pensar que mi familia está tan contenta de verme.

—Mamá, si vuelves a irte de casa otra vez —amenazó Jem con tono solemne—, cogeré apendicitis.

—¿Qué hay que hacer para coger apendicitis? —preguntó Walter.

—¡Shhh! —Jem le dio un codazo a Walter y murmuró—: hay un dolor en alguna parte, yo lo sé, pero solo quiero asustar a mamá para que no se vaya más.

Ana quería hacer mil cosas al mismo tiempo, abrazar a todo el mundo, salir corriendo en el crepúsculo a recoger algunas flores, las había por todas partes en Ingleside, recoger la vieja y usada muñeca que se había quedado tirada sobre la alfombra, oír todos los jugosos chismes y novedades, todo el mundo contribuía con algo. Por ejemplo: Cómo Nan se había metido el tapón de un tubo de vaselina por la nariz cuando el médico había salido a atender un caso y Susan se había distraído. «Le aseguro que fue un momento de mucha ansiedad, mi querida señora». O la vaca de la señora de Jud Palmer, que se había comido cincuenta y siete clavos de alambre y hubo que llamar a un veterinario de Charlottetown. La distraída señora de Fenner Douglas, que había ido a la iglesia con la cabeza descubierta. O papá, que había arrancado todos los dientes de león del jardín («entre un niño y otro, mi querida señora, trajo a ocho a este mundo mientras usted estuvo fuera»). El señor Tom Flagg se había teñido el bigote «y eso que su mujer hace apenas dos años que se murió». Rose Maxwell, de Harbour Head, que había dejado plantado a Jim Hudson, del Upper Glen, y él le había mandado una factura por todo lo que se había gastado en ella. Le contaron también lo concurrido y espléndido que había estado el funeral de la señora Amasa Warren. La historia del gato de Carter Flagg, al que le habían arrancado la cola de cuajo de un mordisco. De Shirley, a quien habían encontrado en el establo, de pie justo debajo de uno de los caballos. «Mi querida señora, ya nunca volveré a ser la misma». Que lamentablemente había buenas razones para temer que los ciruelos estaban infectados de alguna enfermedad. Que Di se había pasado todo el día cantando: «mami vuelve a casa hoy, a casa hoy, a casa hoy», con la musiquilla de *Merrily We Roll Along*. Que en casa de Joe Resse tenían un gato bizco porque había nacido con los ojos abiertos. Que Jem, sin querer, se había sentado encima de

un papel cazamoscas antes de ponerse sus pantaloncitos y que Camarón se había caído dentro del barril de agua.

—Casi se nos ahoga, mi querida señora, pero por fortuna el doctor oyó sus aullidos en el último suspiro y lo sacó tirando de sus patas traseras.

—¿Qué quiere decir «en el último suspiro», mamá?

—Parece que se ha recuperado bien del susto —dijo Ana, acariciando las brillantes curvas negras y blancas de un satisfecho gatito de anchas mandíbulas que ronroneaba sobre una silla, junto al fuego. No era recomendable sentarse en ninguna silla en Ingleside sin antes asegurarse de que no hubiera un gato en ella. Susan, a quien en un principio no le gustaban demasiado los pequeños felinos, juraba que había aprendido a quererlos en defensa propia. En cuanto a Camarón, Gilbert le había puesto ese nombre hacía un año cuando Nan había traído a casa desde el pueblo un gatito flacucho y en estado lamentable al que unos muchachos habían estado torturando, el nombre fue definitivo, aunque ahora era claramente poco apropiado para un gatazo semejante.

—Pero, ¡Susan! ¿Qué ha pasado con Gog y Magog? Oh, ¿no se habrán roto?

—No, no, querida señora —exclamó Susan, mientras se ponía roja como un tomate por la vergüenza y salía corriendo de la habitación. Volvió en seguida con los dos perros de porcelana que siempre presidían el hogar en Ingleside—. No sé cómo he podido olvidarme de ponerlos en su lugar antes de que usted llegara. Verá, querida señora, la señora de Charles Day, de Charlottetown estuvo de visita el día después de que usted se marchara… Y usted sabe lo escrupulosa y cuidadosa que es. Walter pensó que tenía que entretener a la señora y comenzó por señalarle a los perros. «Este es Dios y este es Mi Dios», dijo el pobre e inocente niño. Yo me quedé horrorizada, y pensé que me moría al verle la cara a la señora Day. Se lo expliqué lo mejor que pude, porque no quería que nos creyera una familia de herejes, pero decidí guardar los perros en el armario de las porcelanas, fuera de la vida, hasta que usted volviera.

—Mamá, ¿podemos cenar pronto? —preguntó Jem con aire lastimoso— Tengo un dolor horrible en el estómago por el hambre que tengo. Y, oh mami, ¡hemos cocinado la comida preferida de todos!

—Dice que hemos cocinado, como si el mosquito le dijera al buey desde su lomo, «aramos», pero sí, es cierto —confirmó Susan con una sonrisa—, pensamos que había que celebrar su regreso como corresponde, querida señora. ¿Y dónde está Walter ahora? Esta semana es su turno de tocar el gong para llamar a cenar, Dios lo bendiga.

La cena fue una comida de gala y acostar a todos los niños poco después fue una delicia. Susan incluso le permitió acostar a Shirley considerando que era una ocasión muy especial.

—Hoy no es un día normal, querida señora —dijo Susan con solemnidad.

—Oh, Susan, no existen los días normales. Todos los días tienen algo que los demás no tienen. ¿No se ha dado usted cuenta?

—Sí que es verdad, mi querida señora. Incluso el viernes pasado, por ejemplo, que llovió todo el día y estuvo tan gris, a mi gran geranio rosa por fin le brotaron unos capullitos después de haberse negado a florecer durante tres largos años. ¿Y se ha dado usted cuenta de mis calceolarias, mi querida señora?

—¿Que si me he dado cuenta? Susan, ¡nunca en mi vida he visto unas calceolarias como esas! ¿Cómo lo ha hecho? «Ahí está, he hecho feliz a Susan y no he dicho ninguna mentirijilla. No me fijé en ellas, así que en realidad no las he visto».

—Es el resultado del cuidado y la atención constantes, señora querida. Pero hay algo de lo que creo que tengo que hablarle. Creo que Walter sospecha algo. Sin duda algunos de los chicos de Glen le han dicho cosas. Hoy en día hay muchos niños que saben mucho más de lo que les conviene a su edad. Walter me dijo el otro día, así muy pensativo: «Susan», me dijo, «¿son muy caros los niños?» Al principio me quedé sin habla, querida señora, pero logré mantener el control. «Hay personas que piensan que son un lujo», le dije yo, «pero en Ingleside nosotros pensamos que los niños son una necesidad». Me reprocho a mí misma por haberme

quejado en voz alta por el precio de las cosas en las tiendas de Glen. Me temo que puede haber preocupado al niño. Pero si le dice algo a usted, mi querida señora, ya está preparada.

—Susan, estoy segura de que ha manejado la situación maravillosamente —zanjó Ana con gravedad—. Y creo que ha llegado el momento de contarles lo que esperamos.

Pero lo mejor de todo fue cuando Gilbert se le acercó, mientras ella estaba de pie junto a la ventana, mirando la niebla que se arrastraba desde el mar y se esparcía por las dunas iluminadas por la luna y por el puerto, en dirección al largo y estrecho valle hacia el que Ingleside estaba orientado y donde se arrebujaba el pueblo de Glen St. Mary.

—¡Regresar al final de un duro día y encontrarte! ¿Eres feliz, la más Ana de las Anas?

—¡Feliz! —Ana se inclinó para aspirar el perfume de un florero lleno de azahares que Jem había colocado sobre su tocador. Se sentía rodeada y envuelta de amor— Gilbert, cariño, ha sido precioso volver a ser Ana la de Tejas Verdes otra vez durante una semana, pero es cien veces mejor volver a casa y ser Ana, la de Ingleside.

—Es maravilloso sentir que uno regresa a casa —pensaba Ana mientras sacaba de su bolso la carta de uno de sus hijos con la que se había reído con alegría la noche anterior al leérsela con orgullo a los habitantes de Tejas Verdes.